

CAPITULO DECIMOSÉPTIMO

CELEBRA FIESTAS LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ POR LA
COLOCACIÓN DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO. Y DE
CLARASE COMO MILAGROSAMENTE FUE HALLADA LA AD-
MIRABLE IMAGEN DEL SANTO CRISTO DE LA VERA CRUZ
QUE SE VENERA EN DICHA IGLESIA

GOZANDO Potosí alguna quietud de las guerras y encuen-
tros pasados y con mucha riqueza que les daba el libe-
ral Cerro, entró al año de 1550, en el cual, con aquella venera-
ción y afecto que siempre ha tenido al culto divino, trataron sus
moradores de que se colocase Cristo nuestro Señor sacramen-
tado en la Iglesia de San Francisco, aunque no estaba en la per-
fección que se deseaba; y era preciso se colocase, porque le
multitud de gente que ya había no podía ni cabía en los veinte
oratorios que para celebrar el santo sacrificio de la misa esta-
ban hechos. Suplicó la villa al Muy reverendo Padre Guardián
que, atento a la necesidad que se padecía, pues no había dónde
celebrar los Divinos Oficios cómodamente, ni dónde enterrar a
los difuntos, que gozasen de lugar sagrado y que para su con-
suelo, pues ya estaba cubierta la iglesia, se colocase el Señor
y se comenzase a celebrar el sacrificio Santo de la misa, que
se obligaban entre todos de adornarla y acabar la obra del con-
vento con toda perfección en el término de dos años. Con-
cedióles el Padre Guardián lo que pedían, y muy alegres y con-

formes señalaron el mes de abril para la colocación y fiestas que se habían de hacer. Y llegado el término, con la mayor grandeza y majestad que se pudo de altares, arcos triunfales, adornos de calles y todo lo demás que fué necesario a tan gran celebridad, se colocó el Santísimo Sacramento, un jueves a mediados del citado mes. Hízosele un grandísimo novenario en que sólo el gasto de la cera pasaron de siete mil y quinientos pesos de a nueve reales, por valer entonces la libra de cera a 10 pesos. Después del novenario se hicieron muchas y varias fiestas de regocijo que duraron quince días, en los cuales se corrieron toros, aunque pocos, porque entonces se trajeron de muchas leguas de distancia, como también los caballos para el juego de cañas y demás regocijos; que entonces, según afirma una relación antigua que hallé entre unos papeles, escrita por García del Pilar, se gastaron doscientos mil pesos de a nueve reales por el excesivo precio de todos los géneros que en aquellos tiempos valían. Y don Antonio de Acosta y don Juan Pasquier dicen que, no siendo estas fiestas de las muy costosas en esta vila, pasaron de doscientos mil pesos sus gastos. Colocado el Señor como queda dicho, fué éste el primer templo adonde se adoró al verdadero Dios en esta Imperial villa. Pues aunque juntamente se comenzaron a obrar la Parroquia de San Lorenzo para los españoles y la de Santa Bárbara para los indios, no se cabaron sus templos hasta el año de 1552 por faltar cerro para cubrirlos. Queriendo nuestro Dios y Señor pagar el afecto y veneración que mostraron en esta colocación los moradores de Potosí, les hizo un singular beneficio, un favor singular y una correspondencia milagrosa, que fué darles su santísima imagen en un admirable, venerabilísimo y muy milagroso crucifijo, que con advocación del Santo Cristo de Vera Cruz de Potosí es venerado de la mayor parte del orbe. Son tantas las opiniones y discordancia de los autores y relación manuscrita en lo que toca al modo y manera de cómo fué hallada esta preciosísima imagen en esta villa, que no sabré afirmar lo cierto aunque cada cual alega sus razones. El excelentísimo señor don Francisco, Virrey de estos Reinos, como más cercano tiempo que se descubrió el cerro y se fundó esta villa, en una relación que remitió a España de la visita que hizo en este Potosí el año de 1573 (cuya copia tengo en mi poder), dice las palabras siguiente: E después de haber entrado personalmente a las minas de este rico cerro, visitado las reales cajas y habiendo deliberado la forma de la ribera, para que los interesados edificuen los ingenios donde se muelen los metales, y ordenar otras cosas que pertenecen al bien y utilidad de esta república

pasamos a lo que toca a la veneración y culto Divino, y así trasladamos la iglesia Mayor al centro de la villa, poniéndose con toda solemnidad la primera piedra en la nueva fábrica, deseoso de hacer este corto servicio a Nuestro Señor, e que se perfeccione a mi costa toda la obra. Luego pasamos a visitar el sagrado templo del señor San Francisco, que es el primero que se levantó en esta villa para honra y gloria de Dios, donde con la devoción que pudimos veneramos al Santo Cristo de la Vera Cruz, imagen tan devota y admirable que no hay palabra con que poderlo decir, por ser en todo un milagro; e para confirmar lo dicho, basta decir que totalmente se ignora su artífice y dónde se obró; pues, como afirman los benditos religiosos de este convento y los vecinos de esta villa, milagrosamente fué hallada a las puertas de la iglesia una mañana, habiendo veinte y tres años menos cuatro meses. Lo que nos pone en más admiración es ver que el pelo de su sacratísima barba es natural, lo cual habernos catado, y aunque indignos, aplicados nuestros labios con la humildad y reverencia posible. De todo lo dicho, e de los muchos milagros que ha obrado en tan pocos años, con los moradores de esta villa, habernos hecho dar fe a testimonio que todo está y queda en el archivo de este convento de San Francisco. Hasta aquí son palabras sacadas al pie de la letra de la dicha relación.

Don Antonio de Acosta en la historia de Potosí (hablando de esta imagen) dice: Tiene esta Imperial Villa otro tesoro más apreciable que el de sus minas, el cual es una milagrosa imagen de Cristo crucificado, que se venera en la iglesia de San Francisco; la cual sin saber quién es su artífice, de dónde vino, ni quién la trajo, fué hallada dentro de un cajón de cedro a las puertas de dicha iglesia; cuyas maravillas, favoreciendo a los vecinos y moradores de esta villa, y en particular a los indios escribiré en otra parte. —Lo dicho es de don Antonio de Acosta—. El capitán Pedro Méndez y Bartolomé de Dueñas, conforme entre ambos y de contrario parecer, dicen: Que en los primeros años de la fundación de esta Imperial villa fué hallada esta prodigiosa imagen en el puerto de Vera Cruz de estas occidentales indias, que al parecer había aportado de alguna tormenta dentro de una caja grande; y pareciéndoles a los que vieron que dentro habría alguna riqueza corporal, la tomaron y vieron encima de la caja estaban escritas estas palabras: Para San Francisco del Potosí; y que sin abrirla la trajeron a esta villa donde la descubrieron, y hallaron la bellísima imagen dentro de otro cajón a manera de una cruz. Don Juan Pasquier, con

tradiendo a estos dos autores, se afirma en lo que refieren el Virrey y don Francisco de Toledo y don Antonio de Acosta; y añade diciendo: Que habiendo comunicado este punto con el Muy R. P. Fray Ginés de Dueñas, guardián del convento de esta villa, muy siervo de Dios, y otros religiosos venerables por su virtud y letras, dijeron todos que no sabían otra cosa en este particular más que un viernes, al romper el día, se halló a las puertas de la iglesia dentro de una caja de cedro en forma de cruz. Y que se podía creer piadosamente haber sido allí traído por manos de ángeles, y también obrádolo estos soberanos espíritus, porque tal imagen parecía no ser hecha por manos de hombres. Y por ser esta discordancia en los autores y relaciones, seguiré el mayor número conformante, diciendo, con venia de los otros, que fué hallada en la forma dicha a las puertas de la iglesia, el año de 1550; aunque otros dicen que dos años adelante; y esto es tradición muy bien recibida, como heredada de padres a hijos en los españoles naturales de esta villa y en los sucesores de los prelados y religiosos. Y habiendo registrado los archivos del convento y libros de la cofradía de este Señor, no he hallado por escrito el milagroso suceso de su venida a esta villa; sólo, sí, en el principio de un libro manuscrito dice: Y por cuanto los señores síndicos don Melchor de Escovedo, don Germán de Trujillo y don Alonso de Badajoz, nuestros antecesores en el pleito que tuvieron con los señores curas de la Matriz de esta villa sobre que el Santo Cristo de la Vera Cruz fuese nuevamente colocado en dicha iglesia Matriz, defendieron, con razones y pruebas bastantes, no ser conveniente el sacarlo de la iglesia de San Francisco, por cuanto era su divina voluntad ser allí venerado, desde que milagrosamente fué hallado a las puertas de dicha iglesia, como queda probado en los Autos, y por no estar definido este pleito (aunque ha dos años que está suspenso), nos obligamos bajo el juramento a lo defender, proseguir y fenecer con todas nuestras fuerzas, evitando los escándalos que puedan sobrevenir como los años pasados; de que están los religiosos sumamente atemorizados, careciendo de toda quietud, aunque resueltos a perder las vidas primero que dejar sacar a esta santísima imagen de su casa. Otrosí nos obligamos a estar y vivir hermandablemente con los mayordomos de esta cofradía, ayudándoles en cuanto fuere posible, aunque injusta y temerariamente han informado los dichos mayordomos contra nos y los venerables religiosos, diciendo les molestamos e impedimos la devoción a los indios y forasteros españoles, con otras deposiciones mal sonantes; y con tal informe han adquirido Buleto de su Santidad para poder separar la capilla donde

está este Señor, y que los prelados ni religiosos no tengan parte en ella. Todo lo cual es odioso; y de ponerse en ejecución, no se sacará más fruto que el escándalo de toda esta villa (como en lo pasado), por el grande amor y devoción que toda ella tiene a nuestro Padre San Francisco y a todos sus hijos. Esto es, al pie de la letra, lo que estaba escrito en el dicho libro, que para ello se formaría cabildo, según estaban las firmas del síndico, algunos cofrades, mayordomos y escribanos, como es costumbre. Este libro no parece ya, aunque con mucha diligencia lo he buscado nuevamente, y los mayordomos han hecho lo mismo, por la noticia que los antecesores les dejaron y por lo mucho que importaba en este tiempo por nuevos motivos que se han ofrecido. Todo lo dicho es prueba bastante de que esta preciosísima imagen se halló, en la forma que tengo referida, a las puertas de la iglesia de nuestro Padre San Francisco. Y aunque también dicen otros que sólo la cabeza fué la que se halló milagrosamente, y el cuerpo se obró, parece ir contra la verdad y autoridad de tantos como afirman lo que queda dicho, y lo confirma el estar patente a todos los que quisieran ver el cajón donde fué hallado, que yo lo he visto varias veces, y es del mismo forma de una cruz de poco más de dos varas de largo, y sólo le falta la cubierta de encima que los devotos sacarían. Esta caja es de cedro; la cual, con haber pasado tantos años, se ha conservado su color que parece está acabada de labrar. Tiénela los mayordomos de su cofradía no sólo por reliquia más también para testimonio de haberse hallado de la manera que queda dicho; y la guardan en el salón donde están los preciosos adornos y ricas alhajas de su capilla. Finalmente, es tenida en tanta estima y veneración esta imagen que no por otra cosa se tiene por tan feliz esta Imperial villa. Mas ¿cómo no lo ha de ser si, como Padre de Misericordias, las está continuando con sus moradores, favoreciéndolos como a hijos en todas sus necesidades, como se verá en el discurso de esta historia? Esta Divina Imagen es tan admirable y de tanta veneración que si el más justo, puesto en su presencia, se compunge y tiembla de temor, el más obstinado pecador se enternece y hiere sus pechos de dolor de sus culpas, siendo muchas las veces que ha sucedido que de sólo ver los pecadores su rostro, impelidos de una fuerza sobrenatural, han prorrumpido en gritos y derramado copiosas lágrimas, pidiéndole a voces misericordia. Lo que más admiración causa a cuantos lo ven es que el pelo de su sacratísima barba es natural; y en cierta ocasión un religioso corista, sin que de ninguno fuese visto, le cortó todo un lado de la barba para repartirla por reliquias, y milagrosamente

le volvió a crecer; otra maravilla se ve en esta santa imagen, la cual es que todos los años, para el Jueves Santo que sale en procesión, después que lo bajan los mayordomos de su nicho, los religiosos le peinan el cabello, y los que salen en el peine se reparten entre los devotos; y siendo así que son muchos y en tantos años, es prodigio que jamás se disminuye el cabello. Otro portento es que le nacen canas, así en la cabeza como en la sacratísima barba; lo cual ven y tocan los religiosos de Nuestro Padre San Francisco y demás sacerdotes, clérigos, cuando lo bajan para alguna procesión. Todo lo dicho está dado por fe y testimonio como se verá en los archivos de este convento y lo publican en los pulpitos sus devotos religiosos. Como entre otros, el año de 1702, miércoles 6 de septiembre, colocándose esta portentosa imagen en su capilla, que nuevamente se reedificó a expensa de don Santiago de Ortega, caballero del hábito de Santiago, vecino y azoguero rico en esta villa, y predicando en esta festividad el M. R. P. Fray Dionisio de Aramayo, religioso de Nuestro Padre San Francisco, varón anciano de gran virtud y letras, con su acostumbrada erudición dijo todo lo que queda referido y muchos milagros que este Señor ha obrado con los moradores de esta villa y de otras ciudades y pueblos del Perú, a quien en todas partes los afligidos con sólo decir: Santo Cristo de la Vera Cruz de Potosí, hallan alivio y socorro en sus tribulaciones. Y ponderando este docto religioso la compunción que causa su admirable presencia, dijo: Que muchas veces le perturbaban, cuando decía misa, los llantos y sollozos de las personas que estaban ante esta venerabilísima imagen; y que, aunque indigno sacerdote, le había sacado con sus manos de su sacratísima barba dos blanquísimas canas. Son cuatro las veces que esta Santa Imagen ha sudado copiosas gotas de agua en varios trabajos que ha tenido esta Imperial villa, como se verá en el discurso de esta historia, y juntamente la grandeza de su cofradía, limosnas y procesiones.

CAPITULO DECIMOCTAVO

VIENE A GOBERNAR EL PERÚ EL VIRREY DON ANTONIO DE MENDOZA Y ENVÍA A SU HIJO A VISITAR ESTA IMPERIAL VILLA; MANDA COPIAR ESTE RICO CERRO Y VUELVE A ESPAÑA CON MUCHA RIQUEZA QUE DE EL SACO

la UEGO que el Presidente Pedro de la Gasea llegó a España de vuelta del Perú, que fué por abril del año 1550, fué nombrado por Virrey de estos Reinos don Antonio de Mendoza. El cual llegó a la ciudad de Lima el de 1551 y fué el segundo de sus virreyes. Comenzó su gobierno con mucha prudencia, manteniendo estos Reinos en tanta paz y justicia, pues aunque ocultos traidores, ninguno se atrevió a descubrir hasta después que murió, como se verá adelante. Las repúblicas se administran y gobiernan bien cuando envían ministros a los Reinos distantes que procuran antes estorbar las alteraciones, bandos y robos que castigar los que roban, los bandidos y alterados. Las más veces padecen mayores traiciones los príncipes en el castigo de los traidores por algunos jueces, que en las traiciones por los traidores. Quien estorba que no sea traidor su ministro, guarda su ministro y su Reino; quien le deja ser traidor, pierde su Reino y su ministro. Aquellos pecados se cometen más que más veces se suelen castigar; por eso el ahorrar castigos, suele ahorrar pecados. El Virrey don Antonio de Mendoza gobernó

estos Reinos con admirable prudencia, en ocasión que había muchos traidores que, desesperados de los castigos pasados, estaban peores que cuando no estaban castigados. Evitó, pues, alteraciones con suavidad, y los alterados no descubrieron sus intentos mientras vivió, como adelante se dirá. Pasados algunos meses de su llegada, habiéndose informado de la gran riqueza del cerro de Potosí, y que de sus minas estaba pendiente la esperanza de estos Reinos, determinó su Excelencia enviar a su hijo don Francisco de Mendoza a que visitase de su parte esta Imperial villa y se informase en bastante forma de su rico tesoro. El cual llegó a esta villa por el mes de julio de este año, a quien se le hizo un gran recibimiento, y los mineros del rico cerro le presentaron un gran trozo de metal riquísimo que pesó trece arrobas, y fué de grande estima, no tanto por su riqueza, cuando por su gran hermosura, pues estaban mezclados por orden de naturaleza varios géneros de metales en calidad, como plata blanca, rosicler, plomo ronco. Después que visitó esta villa, aficionado a todos sus vecinos y moradores de su cortesía cariñosa, prudencia y discreción, le dispusieron un crecido y lucido acompañamiento para que subiese al rico cerro, y viese sus poderosas minas. Púsose en efecto el día viernes primero de agosto, que con mucha salva de arcabucería y tiros de pólvora entró a la veta rica y labores de Centeno, Cotamito, Pizarro, el Estaño y otras dos que en aquellos meses se habían descubierto. Tenían prevenidos los mineros que en presencia de don Francisco se hiciesen las quiebras en todas las minas de metal que tenían señalado, y todo se hizo con mucho ruido de trompetas y otros instrumentos musicales de los indios. Ofreciéronle luego liberalmente las quiebras, que por lo rico de cada una se apreciaron en cinco mil marcos de plata, y con el rico presente y acompañamiento se volvió a su casa. Hizo escribir las particularidades y riqueza del cerro y juntamente lo mandó copiar de su propio color y forma para llevarlo a España. Estando ya previniendo su vuelta para la ciudad de los reyes, donde estaba su padre, en la mina descubridora, se hizo una quiebra de metal rico, en la cual se halló un arbolito con su tronco y ramas de la misma forma de un ciprés, y con tanta perfección que si lo obrara el más realzado oficial no saliera tan admirable como salió obrado de naturaleza; todo de plata blanca, con algunas listas de rosicler. Este se dio a don Francisco de Mendoza, para que, en nombre de los interesados de la mina donde se halló, lo presentase al Excelentísimo Señor don Antonio de Mendoza, su padre, por ser especialísima obra de naturaleza; y su Excelencia se la envió al Emperador Carlos V.

Despidióse de esta villa don Francisco y fuese muy agradecido dejándolos a todos muy contentos. Llegó a los Reyes en fin de este año, de adonde partió para España (como cuenta el coronista Diego Fernández, llamado comúnmente el Palentino), por mayo del siguiente año de 1552. Pocos días después que se partió de esta villa don Francisco, se descubrió en el cerro de Guaynacabra (que está casi pegado al rico Cerro) una mina de plomo ronco muy rica; la cual, por ser este cerro un vivo pedernal, dio que hacer mucho a los descubridores en labrarla. Dispúsose el barrenarla por parte, y cargarla con pólvora (que la codicia todo lo facilita), y fué para pérdida de muchas vidas. Pues estando cuatro negros y diez indios labrándola y ya cargado el barrero con pólvora, al taquearla, más bien, tocó el acero al pedernal; y dando fuego al infernal instrumento, derribó grandísimos trozos con tanta violencia que sin dar lugar a que se retirasen los indios y negros los despedazó a todos sin que ninguno quedase a vida, causando lástima al verlos, a unos derramadas las entrañas con los trozos del pedernal, a otros pasados de parte a parte sus cuerpos, y a otros encajados entre sus huesos menudas piedras. Con este suceso no se atrevieron más a sacar el metal con semejantes diligencias; ni tampoco se pudo sacar en abundancia con sólo golpes y punta de barreta, por su gran dureza; y así desahecieron en labrarla, con gran sentimiento de sus interesados, porque siendo muy rico el metal ni se podía sacar con facilidad, ni menos moler, pues a la sazón, como aún no había ingenios, se molía con sólo los brazos, con que por entonces se quedaron aquélla y otras minas sin labrar.

CAPITULO DECIMONOVENO

COMIENZAN NUEVAS ALTERACIONES EN ESTA
IMPERIAL VILLA

SANGRIENTOS ENCUENTROS Y PENDENCIAS
MUY REÑIDAS

COMENZARE a contar lo sucedido en esta villa este año de 1552 con la venida a ella del Vasco Godines, que fué por el mes de enero. El cual, aunque era caballero, y no de los de poca estima, que habían pasado a estas Indias, su natural inquieto y perversas obras lo envilecieron demasiadamente; y como naturalmente la persona, digo la próspera fortuna, suele ser harto peor de sufrir que la mala, de tal manera se comenzó (con el mucho acrecimiento de honra y abundancia de plata que adquirió en esta villa) a ensoberbecerse y mostrar inclinación a desasosegar la paz, moviendo inquietudes e incitando a perder a otros el respeto a la Real Justicia, y a las veces mandaba y ponía en ejecución cosas injustas y tales que de lejos se conocía eran en deservicio del Rey. Hallábanse entre los vecinos y moradores y demás de esta villa, a la sazón, más de cuatrocientos soldados de varios reinos de España, a quienes con dádivas y promesas atrajo casi a su dominio, con que se hizo más insolente. Y esto fué fácil de conseguir porque, como soldados, estaban hechos a la vida desenvuelta y rumor de las armas, con que halló en ellos buena disposición para sus intentos.

Propúsoles cuan bien les estaría ejercitar la vida soldadesca, aunque fuese unos con otros, porque haciéndose al ocio, cuando los llamasen para nuevas conquistas no estarían de ningún provecho. Con éstas y otras muchas semejantes persuasiones, los apartó de la quietud y paz que gozaban, tan amada de Dios, traída del cielo para los hombres, tan dulce para los buenos y de tanta utilidad para los pueblos. Comenzaron los soldados a andar tan belicosos en esta villa y sus términos, que cada día habían muchas pendencies singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros trahantes, hasta los que llaman pulperos. Y se les puso este nombre porque en una tienda de uno de ellos hallaron vendiendo un pulpo. Fueron estas pendencies una cosa admirable en Potosí, donde hubo gran derramamiento de sangre, sin que jueces ni eclesiásticos pudiesen remediarlo; y de tal manera se hizo costumbre que sólo el matarse y herirse los unos a los otros era su total entretenimiento, y todo lo fomentaban y aplaudían Vasco Godines, Hernán Mejía y otros valentones. Entre los muchos desafíos singulares que en esta Imperial villa hubo, como cuenta el Palentino en los Capítulos de Libros, pasaron algunos dignos de memoria, que se pudieran contar todos si no se temiera tanta prolijidad: que unos fueron en calzas y camisas, otros en carnes de la cinta arriba, otros con calzones y camisas de tafetán carmesí, porque la sangre que saliese de las heridas no los desmayase, otros se armaban con fuertes cotas y petos y se acometían con cuatro pistolas cada uno: que las más veces con la primera bala que se disparaba se quedaban las siete en los cañones; otras, peleaban a caballo; otras, puestas de rodillas (infernál devoción), y a este modo sacaban otras veces invenciones muy ridiculas. En fin, cada desafío sacaba la invención y armas que mejor le parecía. Reñían con padrinos, que cada uno llevaba el suyo; salíanse a matar al campo de San Clemente, Cantumarca, Arenal, Cebadillas y Carachipampa, porque en el poblado no les estorbasen sus locuras. En el mes de febrero de este año, domingo de carnestolendas, se hicieron dos cuadrillas: la una de castellanos y extremeños y los españoles peruanos; la otra de andaluces, algunos portugueses y extranjeros; cada cuadrilla iba con sus capitanes y banderas, los unos con divisas encarnadas y los otros con amarillas. Bajáronse al Arenal, y en dos horas que duró el encuentro murieron de una y otra parte veinte y seis hombres, y salieron heridos más de sesenta. En el mes de marzo vino a esta villa un soldado llamado Pedro de Montejo. el cual salió del Cuzco solo, en busca del más valiente de Potosí, y a los dos días de su lle-

gada puso carteles de desafío pidiendo campo, lanza a lanza. Tenía el Montejo fama de bravo y de diestro, así a pie como a caballo; por lo cual ninguno le pudiera igualar sino sólo Vasco Godines, que era general de todos los valientes de esta villa; y así, de común acuerdo, fué señalado para la batalla. Aceptó Godines el desafío, y rompiendo los carteles del contrario puso los suyos con palabras arrogantes y soberbias, afeando la nación manchega, de donde era Montejo. El cual, muy indignado, se comenzó a prevenir, nombrando por su padrino a Federico Alfinger, alemán de nación. Lo mismo hizo Godines, y nombró por el suyo a Egas de Guzmán, que era un caballero natural de Sevilla. Señalóse el domingo de Resurrección para la batalla; y llegado a las cinco de la mañana, estaba ya toda la villa en el campo de San Clemente, en un espacio dilatado donde todos podían verla sin embarazo. Fué tal la fama de esta batalla, que por la novedad acudió mucha gente de los contornos y de distantes leguas vinieron algunos valentones a verla. Serían las ocho del día cuando Pedro Montejo y su padrino, con mucho acompañamiento de a pie, entró al sitio donde había de ser la sangrienta batalla; el cual venía en un buen caballo tordillo y su persona bien guarnecida; sobre un jubón estofado una finísima cota, y encima una coraza fuerte, aformada en terciopelo labrada con oro, sembradas muchas garzas de plata; las plumas del casco eran verdes, azules y blancas; la adarga era finísima y la lanza gruesa y con dos hierros; parecía bien a todos su gallardía y galas junto con la lozanía del caballo. Alfinger su padrino venía también en un caballo bayo, no tan galano y fuerte como el de Montejo; su persona muy bien armada y sobre las armas una ropa de brocado verde recamado de oro; el escudo azul con una águila negra, extendidas las alas de orla a orla. Llevaba en la lanza un pendoncillo rojo y puesto en él una Y una O, en décima, que decía: Ymperio. Luego que entraron éstos dieron vuelta por todo el espacio, y acabada se pusieron en un lado, y allí esperaron a sus contrarios que no tardaron en venir, pues luego asomaron con gran ruido de trompetas y acompañados de sus amigos, así a pie como a caballo. Quedó aparte la compañía y entró Vasco Godines solo con Egas de Guzmán su padrinos. Venía Godines sobre un brioso y hermoso caballo muy bien armado, con una fuerte cota y un finísimo peto; sobre las armas traía una ropa de escarlata, toda bordada de perlas y guarnecida de tejidos de oro; encima del casco traía un penacho de plumas nácares, azules y blancas; en el ensaydo (escudo) estaba pintado el Cerro de Potosí con estas letras V/G/S/D/P/T/S; que aunque don

Antonio de Acosta las interpreta por distinto sentido, don Juan Pasquier dice que muy claro manifestaba su intención este caballero, la cual era alzarse con esta villa como lo ejecutó después, y así lo declaraban las siete letras, pues decían: **Vasco Godines, Señor de Potosí**; la lanza era fuerte y larga, y en lugar del pendoncillo un listón nácar de cuyo extremo pendía una corona y un cetro. Egas de Guzmán venía en un caballo blanco muy gallardo; aunque por ser potro de tres años, fué peligroso entrar a batalla en él, como se vido este caballero en mucho riesgo; el cual venía bien armado, y sobre las armas traía una ropilla de terciopelo morada, sembrado de perlas, estrellas de oro y piedras preciosas. Luego que entraron al sitio, poniendo los ojos en sus contrarios se fueron para ellos, y saludándose se dijeron palabras llenas de arrogancias y soberbia, con las cuales unos y otros se encendieron en ira. Apartóse el Montejo y comenzó a escaramuzar por lo llano, llamando a Godines para la batalla. Godines, enfadado de la arrogancia de su contrario, a media rienda tomó del campo lo que le convino para volver con ímpetu. Lo mismo hicieron Guzmán y Alfinger, y viniendo con el ímpetu que ya se hallaban, tocaron las trompetas y cajas de entreambas partes, llenando de horror a toda la multitud que presente estaba, que los más no habían visto batalla semejante. Y los combatientes eran diestros y de los más valientes que se habían visto en Potosí. Godines y Montejo, revolviendo igualmente las riendas a los caballos, con tanto valor y fuerza y furia extraña se envistieron el uno al otro y se encontraron tan fuertemente que parecía haberse juntado dos peñas, según la fortaleza con que se acometieron. El caballo de Montejo era más furioso y fuerte que el de el contrario, y así, aunque se arrodilló, luego se paró después del encuentro; y el de Godines, no pudiéndose tener, cayó de ancas. Godines fué muy mal herido del bote de la lanza que le dio Montejo, y él también quedó de la misma manera; y si entrara más el hierro por la herida, allí se feneciera la batalla, porque fué en lo hueco del costado; mas como fué pequeña y no encarnó casi, no fué de cuidado. El bravo Godines, aunque estaba mal herido, en un momento levantó su lanza; fué a su caballo y, sin poner pie en el estribo, saltó sobre él, pero esto fué dar lugar a que Montejo acudiese con gran violencia; y antes de enristrar su lanza, le entró con la suya tan poderosamente que atrepellándole el escudo le dio otra peor herida en el pecho. Desesperado Godines por verse tan mal herido, retirándose algún trecho le arrojó la lanza a Montejo con tanta violencia que, no teniendo tiempo de apartarse, la recibió en su adarga, y pasándola de una

parte a otro le hirió en el brazo, y de allí, rompiendo el duro jaco y acerada cota (acerado peto), le entró al cuerpo gran parte del hierro. Arrojó Montejo su adarga donde estaba medida la contraria lanza, a tiempo que Godines venía sobre él con la espada en la mano; y como lo viese cerca le acometió furioso. Recibió Godines el golpe en el escudo, falseóle, y aunque le pasó la dura cota, no llegó a la carne. Rompió Montejo su lanza con este golpe. Y al tiempo de meter mano a su espada le dio Godines otra cruel herida con la suya en un muslo. Viéndose Montejo mortalmente herido y sin la defensa de su adarga, con ímpetu diabólico arremetió a su contrario llevando de punta su espada. Acudió al reparo Godines con el escudo, y levantado el brazo Montejo descargó un fiero golpe en la cabeza de Godines, que aturdido y peor herido cayó del caballo al suelo, derramando mucha sangre. Al punto se apeó Montejo y fué a cortarle la cabeza, pero al primer paso que dio cayó muerto por estar traspasado el pecho. Godines se levantó con presteza, y medio tropezando, fué sobre el ya cadáver y le metió la espada por el pescuezo, pensando que aún no era difunto. Tocaron de la parte del vencedor muchas trompetas y cajas, y subiendo en su caballo acudieron sus amigos y lo sacaron del sitio muy mal herido, aunque él quiso ver el fin de la batalla de los padrinos, que poquito antes se había comenzado, por causa de que el caballo de Egas de Guzmán, nada ejercitado en semejantes lances, al punto con que con gran diligencia venía Alfinger a encontrarlo, a pesar de su dueño salió haciéndose pedazos a corcovos por el campo; y cuando lo detuvo, como su contrario venía en su alcances, no pudo hacer otra cosa que repararse con el escudo; y fué tan poderoso el golpe que recibió que habiéndoselo roto, aunque era muy fuerte, rompió también el jaco, acero y le hizo una cruel herida. Volvió el caballo a enfurecerse y a disparar por el campo, a pesar de Guzmán; y volviendo el rostro vio que, segunda vez, iba Anfinger a su alcance; revolvió el caballo con toda la fuerza de sus brazos, y levantándose en los estribos le arrojó la lanza con gran ímpetu. El diestro alemán, que la vido desembarazar con tan gran violencia, y que el asta venía rechinando por el aire con mucha presteza, arremetió su caballo y se apartó a un lado, de modo que pasó adelante y se clavó en tierra sin hacer efecto. Habiéndose apartado Alfinger, arremetió a su contrario para volverle a herir; el cual, no teniendo ya confianza del caballo, no quiso, sino que haciendo un caracol para tener tiempo de sacar su espada, se puso en un momento a las espaldas de Alfinger, que ya su caballo casi no podía moverse; pues

aunque revolvió y acometió a Guzmán, fué tan flojamente que pudo este caballero picar su caballo, y dando un gran salto en el aire pasó el de Alfinger, sin lograr el golpe; y en lo descubierto del escudo le alcanzó Guzmán con su espada y dió de punta una grande herida. Conociendo el alemán flojedad de su caballo, saltó de él, y con su espada y escudo esperó a pie a su contrario. Holgóse de esto Guzmán, porque en el suyo había poco que fiar, y así se apeó con presteza y con su escudo y espada se fué para Alfinger en ocasión que ya su ahijado Godines había muerto a su contrario, con que cobró nuevo esfuerzo y acometió Alfinger con gran violencia y enojo. Heríanse por todas partes, procurando cada uno dar la muerte a su contrario. Tiróle Alfinger un revés a su contrario por encima del escudo y se lo cortó como si fuera de seda; el cual con notable furia le dió otro golpe en retorno a Alfinger, y rompiéndole el acerado casco, quedó muy mal herido en la cabeza. No es decible la furia con que este alemán arremetió a su contrario, tirándole tan recia estocada que el escudo ni cota fuerte no pudieron resistir la gran violencia de la espada, que todo fué roto, y quedó Guzmán muy mal herido en el pecho. Tornaron a cometerse como dos fieros leones, con deseo de acabar aquella sangrienta batalla que ya les duraba dos horas y levantando el brazo Alfinger le descargó un desaforado golpe en la cabeza; mas él no quedó libre de otra mortal herida que de punta le dió Guzmán, metiéndole la espada por el estómago. Cayó aturdido este caballero con la herida de la batalla, digo de la cabeza, y Federico Alfinger muerto con la del estómago. Levantóse Egas de Guzmán muy mal herido; sonaron sus trompetas por la victoria, y llevaronle a curar los de su compañía, sintiendo toda esta villa las muertes de aquellos dos caballeros y celebrándose también la victoria de los otros.

CAPITULO VIGÉSIMO

EN QUE SE CUENTAN OTRAS REÑIDAS PENDENCIAS Y
SANGRIENTAS^ BATALLAS QUE 4UBO EN ESTA
IMPERIAL VILLA

CONTINUÁBANSE los desafíos y pendencias con tanto derramamiento de sangre que se tenía una total ruina de esta villa por el acabamiento de los españoles que se experimentaba, porque .cotidianamente morían los hombres a manos de sus contrarios, sin haber sido enemigos, ni haber recibido ningún agravio unos de otros, tan sin caridad ni temor de Dios ni la justicia, que aun excediendo a los bárbaros, parecían crueles fieras según se despedazaban. Entre otras muchas batallas que en el mes de mayo de este año de 1552 hubo en esta Imperial villa, fué muy singular la que diez soldados contra otros tantos tuvieron en el Arenal, que como escriben Acosta y Pasquier salieron a ella unos y otros desnudos de cintura arriba con espadas y rodelas, que entonces aún no era sobrante el frío para matarlos; y es prueba bastante de la locura de aquellos hombres ponerse a pelear desnudos; pero ellos experimentaron que lo que no hizo el frío, hicieron los aceros, pues habiendo peleado todos valerosamente (si hay valor donde sobra la locura) más de dos horas, quedaron muertos trece hombres de una y otra parte. Fué muy notable (en) esta batalla la fortaleza del brazo de Diego Tamayo; el cual tiró a su contrario, Luis de Mer-

lo, una fiera estocada, y fué tan poderosa que atrepellándole la rodela entró por las entrañas, y pasándole el cuerpo salió la punta más de una cuarta, a tiempo que Pedro Melim, defendiéndose de su contrario, llegó de espaldas a juntarse con las de Merlo, que no se las hizo buenas; y como estaba desnudo como todos, se le metió aquella punta por los riñónos y así cayeron muertos entre ambos, prendidos en la espada de Tama-yo. Jorge de Perea y Domingo del Real, de quienes dicen los autores arriba citados que eran enemigos antiguos y habían tenido ellos y sus padres grandes encuentros en España, y se hallaron en esta sangrienta batalla, y habiendo pelea como crueles enemigos, estando ya con muchas heridas cada uno, cayeron en el suelo; donde, abrazándose el uno con el otro, se despedazaron a bocados; y así acabaron igualmente sus vidas. A este mismo paraje del Arenal salieron desafiados el capitán don Agustín de Proaño y el alférez Carriso con sus padrinos. Estos hicieron su batalla a pie con sólo camisas y calzones de tafetán carmesí y espadas y rodela. Los ahijados la hicieron a caballo. Y habiendo peleado con gran valor y destreza, estando entre ambos tan mal heridos que no se esperaba sino la muerte de los dos, llegaron allí el licenciado Pedro Badillo y otros caballeros, y apartándolos fueron llevados donde fuesen curados. El uno de los padrinos quedó muerto en el sitio, y el otro quedó tan mal herido que dentro de dos días también murió. En el mes de agosto hubo en Cantumarca otra muy reñida y sangrienta batalla entre mercaderes, seis de cada parte, y fué el trato antes de entrar en ella que los bienes y hacienda del vencido y muerto heredase el vencedor; y de tal manera se hubieron en esta batalla por defender las vidas y haciendas, que de los doce no escaparon más de tres, y de éstos quedó para toda su vida impedido de entre ambos muslos por haberle dado su contrario una fiera estocada con que se los atravesó. Esta sangrienta batalla fué causa de otras muchas y más crueles que hubo entre todos los demás mercaderes de esta villa; porque cada cruel pretendía tener parte en la herencia de aquéllos que murieron. Entre estos desafíos que después de esta batalla pasaron, cuenta uno el Palentino en su Peruana Historia y Garcilaso de la Vega en sus Comentarios Reales. El cual fué entre dos soldados famosos, llamado el uno Pedro Núñez y el otro Baltasar Pérez, ambos hijos dalgo y de mucha presunción. Fué sobre ciertos puntos de satisfacción de honra que dijeron había faltado o sobrado entre otros dos desafiados que pocos días antes combatieron, cuyos padrinos fueron los susodichos. Baltasar Pérez eligió por padrino al famoso caballero Egas de

Guzmán, de quien arriba dijimos fué padrino de Vasco Godines, cuando tuvo batalla con Montejo; otro que se decía Hernán Mejía, natural de Sevilla (de quien Egas de Guzmán hablaba mal por lo mucho que presumía de valiente), sabiendo el desafío de los dos nombrados y que Egas de Guzmán era padrino de Baltasar Pérez, alcanzó por mucha importunidad que Pedro Núñez lo llevase por padrino, por reñir con Egas de Guzmán, que lo deseaba. Cuando Guzmán lo supo envió a decir a Pedro Núñez que, pues, los desafiados eran hijos dalgo no permitiese llevar por su padrino a un hombre tan vil y bajo, hijo de una mulata verdolera, que actualmente estaba vendiendo sardinas, frutas en la plaza de San Salvador en Sevilla; que llevase otro padrino cualquiera, aunque no fuese hijo dalgo, como no fuese tan vil como aquél. Pedro Núñez, viendo que tenía razón Egas de Guzmán, procuró con el Mejía que le soltase la palabra que había dado, mas no lo pudo alcanzar; y entre otras cosas le dijo: que Egas de Guzmán pretendía que no se hallase en el desafío porque sabía que le hacía mucha ventaja en las armas. Cuando Guzmán lo supo, envió a decir a Mejía que fuese bien armado al padrinazgo, que le hacía saber que él había de llevar vestida una cota y un casco, aunque los ahijados habían de ir en cueros, de la pretina arriba. Así, pues, salieron a reñir los ahijados desnudos y los padrinos bien armados, y se fueron a Carachipampa, media legua de esta villa. A los primeros lances (lances), el Pedro Núñez, que era hombre de grandísimas fuerzas, rebatió la espada de su contrario, y cerrando con él lo derribó en el suelo, y puesto caballero sobre él le echaba puñados de tierra sobre los ojos y en los pechos por no matarlo con la daga. En otra parte del campo peleaban los padrinos. Pero Hernán Mejía temía llegar a Egas de Guzmán, porque era de más fuerza; mas entreteníalo con la destreza de la espada y ligereza del cuerpo (en que le hacía ventaja a Guzmán), y viendo no podía ver a su enemigo, tomó la espada por la guarnición y de punta se la tiró a Mejía a la cara, al cual por separarse de la espada, no miró a su contrario Egas de Guzmán; tan presto como le tiró la espada, cerró con él llevando la daga en la mano, y con ella le dio una puñalada en la frente, y metiéndosela más de dos dedos se la quebró dentro. El Mejía, desatinado de la herida, huyó por aquel campo y llegó donde estaban los ahijados (como hemos dicho); y sin mirar a quién tiraba el golpe, dio una cuchillada a su ahijado y pasó sin saber dónde. Egas de Guzmán fué aprisa a socorrer a su ahijado, y oyó que Pedro Núñez decía: esta herida que tengo no me la diste vos, sino mi padrino; y con estas palabras le daba muchas puñaladas

en los pechos, echándole tierra en los ojos. Egas de Guzmán llegó a ellos diciendo: Pese a tal, señor Pedro Núñez, ¿no os rogaba yo que no trajérades tan ruin padrino? Tiróle una cuchillada: Pedro Núñez reparó con el brazo, donde recibió una mala herida, y lo mismo hizo con el otro a otras muchas que Egas de Guzmán le tiró y hirió por todo el cuerpo, que quedó hecho un andrajo tendido en el suelo. Egas de Guzmán le levantó a su ahijado del suelo; y habiendo recogido las espadas de todos cuatro (que como Mejía desatinado dejó la suya en el llano), púsolas debajo del brazo izquierdo, y tomando a su ahijado a cuestas, que no estaba para ir con sus pies, lo trajo a una casa la más cerca del pueblo, que era hospedaría donde recibían Indios enfermos; allí lo dejó y avisó que quedaba un hombre muerto en el campo, que fuesen por él para enterrarlo; y él se fué a retraer a San Francisco. A Pedro Núñez llevaron al hospital; curáronlo, y aunque sanó de sus heridas quedó tan lisiado que no fué de provecho. Hernando Mejía murió de la herida de la cabeza, porque no se la pudo sacar la punta de la daga. Poco después de esta sangrienta batalla, determinaron los moradores de aquesta memorable Villa hacer un desafío, que fuese de los de más nombre que hasta allí se habían hecho; el cual (como cuenta Antonio de Acosta en su historia) había de ser entre todas las naciones que en esta Villa asistían. Nombraron un General y Capitanes de cada parte, y estando todos señalados comenzaron a prevenir caballos, armas, libreas, cifras y letras, como si salieran a unas lucidas fiestas, mostrándose los nobles y los que no lo eran tan locos y bárbaros que sin temor de Dios ni caridad del prójimo salían a ostentar una crueldad en ninguna parte experimentada. Teniendo ya todo prevenido el día 20 de noviembre para la batalla que el siguiente se habían de dar, estando muchos andaluces y extremeños en casa del capitán Antonio Baeza, entraron en ella Sancho de Orduña y Pedro de Ibarchával, con otros vascongados y castellanos; y trabando entre todos conversación, el Orduña, que estaba a malas con el capitán Baeza, le dijo como el siguiente día, que el valor de la nación vascongada aventajaba a las demás del mundo, como en todas partes estaba probado; y que así lo declaraban las figuras, jeroglíficos y letras que habían de sacar en los escudos todos los combatientes de su nación. Añadió a éstas otras palabras de mucha presunción, vanidad y soberbia, de que irritado el Capitán Baeza, que era andaluz, por haber hablado contra los suyos, le respondió muy descompuesto, diciendo, le (se) fuese por entonces a dirigir (digerir) el vino, y que volviese después a sustentar lo que había dicho, que él le prometía de catarse

con cuatro juntos de los más aventajados de su nación. Lícito es matar a el enemigo para no despreciarle, mas temerle para sólo temerle es notable infamia que aun en la noble cobardía de las mujeres halla honra que se le resiste. Miedo tiene el valiente de su contrario y el cobarde tiene miedo de su propio temor: de aquí le nace no tener la seguridad en otra cosa, sino en darle la muerte, cuando no hay enemigo que no tenga quien sólo se defiende con el mal suceso del que se le opone. Sancho de Orduña era valiente y se había hecho más temido desde que en dos encuentros antecedentes quitó la vida a cuatro andaluces; por lo cual, lleno de soberbia, presumía no tener opositor en su braveza y destreza, mas presto quedó desengañado con todos los que le seguían de opinión. Pues aunque el capitán Baeza, enemigo suyo declarado, se le rehusó en la ejecución de dos encuentros, al cabo se resolvió a no temerle en la primera ocasión que nuevamente se le ofreciese, y aun (que) prometió a los de su nación que no quedaría vida (a) aquel enemigo tan temido. Por esto, pues, llegando la ocasión que vamos diciendo, le respondió atrevido y resuelto a conseguir a su deseo. El valeroso vizcaíno, ardiendo en ira por ver se tratado tan mal de las palabras del Capitán Baeza, arremetió furioso con el puño cerrado a descargar el golpe en su rostro; el capitán lo reparó en el brazo izquierdo, aunque no fuese tan bueno el reparo, pues le alcanzó en la mejilla con los extremos de los dedos; lo cual sentido por Baeza, rabioso como una fiera, sacó la daga, y antes que se moviese un solo paso el Orduña, le dio dos crueles puñaladas en el pescuezo y al momento cayó muerto a los pies del indignado andaluz. Pedro de Ibarchával y San Juan de Olearse arremetieron con sus puñales a matar a Baeza; el cual, con una presteza admirable, le dio tan gran puñalada en el pecho a Ibarchával que tocándole al corazón cayó muerto; y desde luego, revolviendo contra Olearso (quien con rabiosa cólera le tiró antes una puñalada), le asió del brazo, y quitándole el puñal se lo metió por la tetilla, y también cayó muerto. Quedó herido el capitán Baeza en el brazo, y no contento con haber muerto aquellos tres vascongados, sacando su espada y tomándola debajo del brazo izquierdo, con mucha presteza y furia fué al cuerpo de Ibarchával, sacó su daga que había quedado clavada en su pecho, y como un desesperado, diciendo a voces; mueran los vizcaínos y los castellanos y cuantos son de su parte, arremetió con más de 20 hombres que ya estaban sobre él con sus espadas. Los andaluces y extremeños que allí se hallaban se pusieron en su defensa, y entre unos y otros se comenzó una revuelta tan brava y sangrienta que

en brevísimo tiempo fueron muertos de una y otra parte otros nueve hombres, y los heridos pasaron de veinte. Fueran muchos más los muertos y heridos, si muchos sacerdotes no entraran a la casa, con algunos seculares, y cerrando las puertas de la calle no se pusieran de por medio. El capitán Baeza con más de trece heridos, desesperado, ofreciéndose a los demonios, amenazando a toda la villa, procuraba salir afuera, porque también hacían lo mismo muchos vascongados y castellanos por entrar a despedazarlos; mas no se lo permitieron los que estaban dentro, antes sí lo sosegaron, y curándolo, por una pequeña puerta que salía a otra calle lo sacaron fuera. Los que estaban a la puerta por entrar la rompieron, y como no hallaron a Baeza ni a otro ninguno, se tornaron a salir a tiempo que algunos extremeños y andaluces, amigos de Baeza, venían a favorecerlo; y juzgando los hubiesen ya muerto, con grande coraje acometieron a los vascongados y castellanos, y de nuevo se trabó otra sangrienta batalla en que hubo otros cinco muertos y muchos heridos. Acudieron muchos sacerdotes y otros hombres de las naciones desinteresadas y tuvieron mucho que hacer en apaciguarlos. Otros muchos desafíos, pendencias y batallas muy sangrientas se continuaron en esta Imperial Villa, con grandes lástimas, atrocidades nunca vistas y acabamiento de los hombres.

CAPITULO VIGESIMOPRIMERO

MUERE EL VIRREY DON ANTONIO DE MENDOZA EN LA CIUDAD DE LIMA. LEVANTANSE NUEVOS TRAIADORES EN VARIAS PROVINCIAS DE ESTE REINO, PARTICULARMENTE EN LOS CHARCAS, Y ALGUNAS SEÑALES QUE PARA ESTO SE VIERON EN EL CIELO

PUDIERON los nuevos habitantes del Perú enfrenar sus altivos y locos pensamientos, considerando que al cabo de haber quien los arruinase como fueron arruinados los de Gonzalo Pizarro y los otros. Mas llevados del frenesí de su ambición, en cada pueblo había un traidor que pretendía la corona o el Gobierno: notable desdicha a que pudo llegar este Reino. Y demás de esto fueron aquellos tiempos infelicitísimos en que totalmente perdieron los hombres el temor a Dios y a la Justicia: hubo en todas partes multitud de guerras y sangrientas batallas, particularmente en todas las poblaciones de los Charcas, muchos vicios y pecados escandalosos, abundaron los males; hubo grande falta en las letras, mucha flaqueza en las virtudes, aun en los que parecían profesarlas, y grande frialdad en la caridad; hasta los Indios infelices de varias provincias prevalecieron en muchas partes, por haber los españoles entretenidos en despedazarse los unos a los otros. Veamos, pues, con algunas particularidades esta notable desventura.

Habiendo el Exmo. Señor Don Antonio de Mendoza mantenido estos Reinos en pacífica posesión el tiempo que le gobernó, que fueron pocos más de dos años, aunque había traidores ocultos, ninguno se atrevió descubrir mientras vivió. Llevóse Dios al Virrey en la Ciudad de los Reyes, y al punto se comenzó a declarar la deslealtad en algunos de sus moradores. Hallábase en aquella ciudad el Capitán Francisco Hernán Girón que, como queda dicho, fué Capitán del Virrey Blasco Núñez; y si entonces fué leal, después se experimentó su infidelidad. Mientras tuvo vida el señor Don Antonio de Mendoza, estuvo quieto; mas la noche siguiente de su muerte quiso manifestar su traición, pero no tuvo efecto porque lo supieron los Oidores y el traidor se retiró. Tenía este repartimiento de Chaqui (siete leguas de esta villa), que fué de Gonzalo Pizarro, y por su lealtad primera y servicio real se le dio la Audiencia de Lima. Vínose a esta Imperial Villa este traidor, y comunicando sus intentos con Egas de Guzmán y Baltasar Osorio, lo volvieron a animar prometiéndose su ayuda: que presto halló la traición cabida; pues aunque Egas de Guzmán no imaginaba ser traidor, al punto fué inducido por un tal, no sólo vino en seguirle, sino que le infundió alientos para la ejecución. A esta misma sazón hubo otro motín en la Ciudad de los Reyes, por lo cual degollaron a cierto caballero cabeza de él, y en éste fué cómplice el General Pedro Hinojosa (de quien tenemos visto fué General del Campo Pizarro, y después que lo redujo el Presidente Pedro de la Gasea lo fué del Ejército Real). Solapáronlo los Oidores, y poco después lo hicieron Corregidor y Justicia Mayor de Chuquisaca y de esta Villa de Potosí, y éste fué el primero que gobernó esta Villa con cargo de Corregidor (que fué después de haberla gobernado el Licenciado Esquivel, con título de Alcalde Mayor de la Justicia, como atrás queda dicho); y aunque fué culpado el General Hinojosa en ésta y otra rebelión en que quiso alzarse, pasó solamente por sospechas que tal título quisieren darle los que pudieran castigarlo con tiempo, no lo hicieron. Pero cuando vino con su corregimiento a Chuquisaca, se vinieron tras él Don Sebastián de Castilla, hijo del Conde la Gomera, con otros seis caballeros en el nombre. Porque Vasco Godines les escribió de esta Villa una carta (que éste era el mayor solicitador de la rebelión que deseaban hacer) en cifra, dándoles brevemente cuenta de lo que trataban de hacer, y de cómo el Corregidor Pedro Hinojosa había prometido ser su General. Llegaron a esta Imperial Villa Don Sebastián y los suyos torciendo los caminos, sendas y veredas, y fueron bien recibidos por Vasco Godines y otros des-

leales. Juntos los traidores en esta Villa determinaron luego su levantamiento, y de conforme parecer fueron y nombraron por cabeza a don Sebastián de Castilla; prometiéndole Egas de Guzmán y Vasco Godines hasta trescientos soldados que tenían prevenidos. Atizaban a Don Sebastián todos los traidores, y representándole la pobreza en que los tenía en quitarles la Real Audiencia el servicio personal de los Indios; y animáronlo por esto a que se hiciese señor del Perú, fuera de que había otros frenéticos que deseaban la Corona. Es estilo de la Justicia de Dios prevenir sus castigos con advertimientos y señales. Fué notable la que amonestó a Francisco Hernández Girón y a don Sebastián de Castilla sus muertes; pero a las culpas de asiento en el corazón del hombre las más veces se añade otra peor, que es la dureza e incredulidad de que se fabrica la confianza, a cuyo cargo están las riñas de los Príncipes, de los poderosos, las caídas y las ruinas de todos; porque siempre fué la obstinación y lo será autora de tragedias. Estando, pues, don Sebastián y sus aliados previniéndose de egente y armas para la ejecución de su levantamiento en esta Villa, y el Capitán Francisco Hernández Girón en su repartimiento de Chaqui (que como queda dicho le sucedió en él a Gonzalo Pizarro, y está a siete leguas de esta Villa), previniéndose también para el suyo (porque las dulces memorias del reinar lo alentaban y su locura y vanidad lo hacían muy confiado), aparecieron en el cielo, sobre el asiento de Porco, tres soles y dos lunas en medio de un gran cerco, y dentro de él dos arcos azules y colorados. El mismo día aparecieron sobre este rico Cerro y Villa Imperial otros dos arcos de varios colores y un admirable cometa de color de sangre; todo lo cual refieren en sus Historias Diego Fernández, llamado comúnmente el Palentino, el M. R. P. Fray Antonio de la Calancha, don Antonio de Acosta, don Juan Pasquier, y en ella se ven figuradas de la misma forma que aquí. Y EnrLco Martines, Cosmógrafo de Su Majestad en este Peruano Reino, dice las palabras siguientes, que para satisfacción del lector pondré sin añadir ni quitar. Viernes —dice— 13 de enero del año de 1553, cincuenta y dos días antes que matasen al General Hinojosa, a las siete de la mañana apareció en el cielo, en el asiento de Porco, el cerco grande que pasa por medio del sol natural y por los demás Soles y Lunas; estaba extendido hacia el poniente, y era todo blanco, de grosor de un palmo; tendría este cerco al parecer media legua de diámetro. El sol natural estaba algo bermejo que tiraba a sangre, y los dos colaterales muy bermejos y hechos sangre, de tal manera que el resplandor y

fuego quitaba la vista a los que miraba. Las dos Lunas fronteras eran a manera de Lunas blancas y algo bermejas que tiraba a sangre; los dos Arcos que se parecen eran azules y colorados, como suelen aparecer; el arco pequeño era más ancho que el otro grande. El cometa que se parece fuera del cerco estaba muy encendido de color de fuego y hecha sangre, con una formidable cabeza crespa y del mismo modo la cola. Fue visto este prodigio en el asiento de Porco y en todos sus contornos. El cometa se vido por espacio de siete días al amanecer sobre el rico cerro de Potosí, con otros dos arcos, uno muy blanco que parecía plata bruñida, y parte bermejo el otro estaba encima de éste y era colorado que tiraba a sangre y resplandecía como fuego; el un cabo de este arco remataba en uno a manera de rayo caracoleado de color sangre. Luego que se vieron estas señales en Porco y Potosí comenzaron los españoles a discurrir varios sucesos venideros. Dos Sebastián de Castilla, como se hallaba en la ocasión en esta Villa, y Francisco Hernández Girón en su repartimiento de Chaqui, entre ambos preguntaron a los Indios la significación de aquellas señales, no por entender que les habían de responder como Astrólogos, que no lo eran, sino por adivinos y por saber que el Demonio era todavía su oráculo. Los Indios admirados, tapándose los rostros y escupiendo al aire, dijeron a voces: Aucca, Aucca, maiccan Apuhuañunca. Palabras con que los indios significan algún mal suceso, acción abominable o ruina espantosa, que todo cabe en la palabra Aucca, y también le dan este nombre al enemigo visible e invisible. La palabra mayccan Apuhuañunca quiere decir que morirá algún gran señor. A don Sebastián de Castilla le respondió el Indio Pumasonco (que se interpreta corazón de león, y tenía fama de ser muy sabio), estas razones: Iscay quilla pissicanchac, Intitucuc, vichanincca, hatun ccapac, coyilamanta Isahuancamac corman puncca. Y vuelto en castellano dice: "Dos lunas de poca luz a ser soles subirán; y del cerco del mayor. caída sangrienta darán". Dichas estas palabras por los Indios e interpretadas por los españoles, no hicieron caso de ellas ni menos quisieron aplicar aquellos presagios para sí, ni advertir si podrían ser correspondientes al efecto de su abominable intención; pero ello sucedió conforme a lo que previnieron y declararon los indios. Porque, si bien se advierte, la muerte del gran Apu,c fué después la de Francisco Hernández Girón, que con la renta de sus pueblos había de parecer tres veces hecho Sol en las victorias sangrientas que tuvo; y dos veces Luna, en la menguante de su fortuna con su prisión y muerte. Y de la misma suerte, el General Pedro Hinojosa y don Sebastián de Casti-

Ha, a quienes Acosta y Pasquier apropiaron el infeliz presagio, por la miserable y sangrienta ruina que poco después se vieron en estos dos caballeros.

Estando, pues, el general Pedro de Hinojosa gobernando la ciudad de La Plata y esta Villa de Potosí, muy a su favor, tuvo noticias cómo don Sebastián de Castilla había asentado su traición en esta Villa y dádole a Egas de Guzmán el cargo de Gobernador de ella. Al punto escribió a don Sebastián representándole lo mal que hacía, que atendiese que era hijo del Conde de la Gomera y que en pechos nobles no cabía traición. Indignése con esto don Sebastián y comenzó a tiranizar esta Villa. Juntó hasta ciento y cincuenta hombres con los que iban viniendo de los pueblos de abajo; saqueó las Cajas Reales, nombro oficiales para su campo y publicó Jornadas para la ciudad de Chuquisaca. Egas de Guzmán y Vasco Godines fueron de parecer que no fuese con ejército, porque se pondría en armas la ciudad y no harían cosa de provecho, y así determinaron que don Sebastián y Vasco Godines fuesen solos con hasta diez o doce soldados escogidos y matasen al General Hinojosa; porque sabían que los mismos soldados que con él vinieron de los Reyes trataban también de matarlo, por ver su tibieza y que no fomentaba su tiranía; todos querían alzar por cabeza a don Sebastián. Tenía Hinojosa doscientos mil pesos de renta y así estaba muy ajeno en poner en ejecución lo que los soldados pretendían, que era su ruin levantamiento. Fué avisado de algunos leales cómo le querían matar y alzarse; y en particular el Licenciado Pablo Ondegardo que le dijo le hiciese su teniente por un mes, y le aseguraría la vida y libraría la ciudad del temor que tenía del levantamiento que los soldados querían hacer. El General no hizo caso, fiado en la suma de dinero que poseía, en su oficio y valentía. Finalmente, dispuesta su traición, fueron los principales de esta consulta don Sebastián de Castilla, Egas de Guzmán, Vasco Godines, Baltasar Velázquez, el Licenciado Gómez Hernández y otros soldados principales, que los más y mejores estaban por entonces en la ciudad de La Plata. Egas de Guzmán saliendo de esta Villa había llegado a aquella ciudad a hallarse en la consulta, con achaque de pedir al General permitiese que él se librase por la Corona de las muertes de Hernán Mejía, Federico Alfinger y otras dos que se le cargaban. El bueno del General Hinojosa, tan descuidado de lo que a su vida convenía, lo tuvo por bien y le dio cartas de favor para la Justicia seglar y eclesiástica de esta Villa; porque Egas dijo que en ella le convenía librarse. Con las cartas de favor enviaron los

soldados (ya determinados a rebelarse) aviso a Egas de Guzmán a esta Imperial Villa (que primero era Ilegado), para que se alzase con los compañeros que aquí tenía, luego que se supiese la muerte del General. Determinado, pues, el día y hora de su traición, fué don Sebastián de Castilla con siete de sus compañeros, que aunque eran todos escogidos iban amedrentados. Ninguno ve la cara de su pecado que no se turbe; por eso, .cauteloso, no la descubre cuando le intentan, sino cuando le han cometido. Entraron, pues, en su casa disfrazados y llenos de temor, un lunes, que se contaron 6 de marzo del año 1553; y el primero con quien toparon fueron Alonso de Castro, teniente del Corregidor, a quien luego se descubrieron; y aunque éste intentó amedrentarlos con decir: "¿Qué alboroto es éste, caballeros? ¡Viva el Rey!"; don Sebastián le acometió y al punto volvió las espaldas; y uno de los soldados llamado Anselmo de Hervías, corrió tras él y le dio una estocada que le pasó de una parte a otra y lo cosió contra la pared; ayudáronle otros y le acabaron de quitar la vida. Luego, como cuenta el Palentino, anduvieron a buscar al General Pedro de Hinojosa, y hallándolo un soldado en un corral, que había ido a la necesidad natural, le dijo (como haciéndose mofa): Salga usted, que están acá fuera el Señor don Sebastián de Castilla y otros caballeros que vienen a hablarle. Salió el General sonriéndose y diciendo: "¿A mí?, ¿a mí? Heme, señores, vean ustedes lo que me mandan". A lo cual respondió Garcitello de Vega: "Oh, pese a tal que ya no es tiempo; buen Gobernador tenemos en don Sebastián"; y diciendo estas palabras le metió la espada por el cuerpo, poco menos de hasta la cruz, de que luego cayó en el suelo; y forcejeando para levantarse, le acudieron Antonio de Sepúlveda y Anselmo de Hervías, y dándole otras dos estocadas lo volvieron a derribar. El desdichado General comenzó a decir a voces: confesión, caballeros. Y así le dejaron por muerto; y Garcitello, como le dijeron que era ya muerto el General!, dijo que lo mirasen bien. Volvió Anselmo de Hervías donde estaba tendido el General, y allí le dio otra cuchillada por la cara de que luego acabó de expirar. Muerto el General, salieron dando voces diciendo: Viva el Rey, viva el Rey, que ya es muerto el avaro traidor, quebrantador de su palabra. A este punto salió Garcitello de Guzmán con quince compañeros, y dividiéndose en dos partes, fueron los unos a matar a Pablo de Meneses y los otros a Martín de Robles, de los cuales estaban muy quejosos todos aquellos soldados por la mucha burla, desprecio y mofa que de ellos hacían. Martín Robles fué avisado por un Indio y escapó

en camisa. Pablo de Meneses aquella noche había salido de la ciudad, enfadado y temeroso de la desvergüenza que los soldados mostraban por horas en su tiranía, e ídose a una heredad adonde fué avisado y se puso en salvo. Hicieron otras grandes tiranías matando a los vecinos y robando sus casas. Luego envió dos soldados a esta Villa de Potosí don Sebastián, avisando a Egas de Guzmán lo sucedido para que se alzase, según lo tenían tratado. Llegaron los soldados en breves horas, y sabiendo Guzmán lo que había pasado y el orden que se le daba, llamó a otros soldados que prevenidos tenía, y con los mensajeros, sin tomar otras armas más que sus espadas, dagas y capas, se fueron a las casas de Gómez de Solís y de Martín de Almendras, que eran Alcaldes Ordinarios por su Majestad, y los prendieron con toda facilidad; llevándolos a las casas de Cabildo, les echaron grillos y cadenas y metieron en un aposento con guardas. A la fama de tan donoso hecho acudieron otros soldados, y juntos con Egas de Guzmán fueron a la fundición de su Majestad, prendieron a su tesorero Francisco Isasiga y al contador Hernado de Alvarado; rompieron las Cajas del Tesoro Real y lo robaron todo, que era una cantidad de plata de más de un millón y medio. Echaron bando que pena de la vida todos se juntasen a hacer escuadrón en la Plaza. Eligió Egas de Guzmán por Alcalde Mayor a un soldado llamado Antonio de Lujan, quien por tomar más sonadamente el oficio mató al contador Hernando de Alvarado, haciéndole cargo (como dice el Palentino) haber sido confederado con el General Pedro de Hinojosa, para alzarse con el Reino, y con pretexto lo mataron. Luego despachó siete soldados al Asiento de Porco a recoger la gente, armas y caballo que en él y su comarca hallasen. En esta coyuntura estaba el Comendador don Hernán Pérez de Parraga, caballero del hábito de San Juan, en Chaqui con sus Indios de repartimiento; y sabiendo la muerte de Hinojosa, escribió a don Sebastián el parabién de su hecho. Pidió le enviase 20 arcabuceros para que le prendiesen, y que (con) esta cautela él se iría con ellos a prender a Gómez de Alvarado y a Lorenzo de Aldana, que allí cerca estaban, y que no fuesen por caminos reales sino sendas excusadas; todo esto pagó después el buen Comendador como se dirá adelante. Otro día después de la muerte del General Hinojosa, llegaron a la ciudad de La Plata Baltasar Velázquez y Vasco Godines (que fué el todo de este motín). Recibióles don Sebastián alegremente, y Vasco Godines dijo: "Señor, cinco leguas de aquí supe de esta gloria tanto de mí deseada". Don Sebastián respondió (descubierta la ca-

beza): "Estos caballeros me han nombrado Gobernador y dado este cargo. Yo lo acepté hasta que ustedes viniesen, y ahora lo renuncio y dejo en usted". Respondióle con mucho comedimiento el traidor Vasco Godines. Luego platicaron aparte y se echaron pregones que pena de la vida, si no obedeciesen todos a Vasco Godines por Maestre de Campo. También nombró a Baltasar Velázquez por Capitán de caballos, y luego dijo a todos Vasco Godines que por qué no habían ido a matar al Mariscal Alonso de Alvarado. Era este caballero de gran valor, prudente y en todos los cargos de Justicia rectísimo, por esto se temían los traidores, y solicitaban su muerte. Tratando este negocio se juntaron Vasco Godines y Baltasar Velázquez, Juan Ramón, el Licenciado Gómez Hernández, Hernando Guillada, Diego de Abalos, Diego del Castillo y don Garcitello con otros; y Vasco Godines se ofreció a tomar la empresa, para caudillo de aquella jornada. Pero don Sebastián dijo haberlo ya prometido a don Juan Ramón, y así salió acordado que se hiciese lista de 25 soldados, a quienes acaudillasen Juan Ramón y don García, y que tomasen la ciudad de La Paz. Godines dijo que había poco que hacer: escribió para tal efecto a Juan de Vargas y a Martín de Olmos. Hasta aquí es de Diego Hernández el Palentino.

CAPITULO VIGESIMOSEGUNDO

ENVÍAN DON SEBASTIAN Y SUS MINISTROS CAPITANES Y SOLDADOS A MATAR AL MARISCAL JUAN RAMÓN, CAUDILLO DE ELLOS, DESARMAR A DON GARCÍA Y A LOS DE SU BANDO. Y SABIDA ESTA NUEVA EN LA CIUDAD DE LA PLATA, MATAN A DON SEBASTIAN LOS MISMOS QUE LO ALZARON

PROSIGUIENDO el mismo autor los sucesos extraños que en la ciudad de La Plata y en esta Villa Imperial sucedieron en aquellos tiempos, dice: Que luego que fueron nombrados, salieron un miércoles, antes de medio día, Juan Ramón, don Garcitello, Gómez Mogollón, don Gonzalo de la Mata, Francisco de Añasco, Almanza, Fernando de Soria, Pedro de Castro, Mateo de Castaño, Campofrío de Carvajal, Juan Nieto, Pedro Francisco de Solís, Baltasar de Escovedo y Diego Maldonado, Pedro de Murguía, Rodrigo de Arévalo, Antonio Altamirano, Lucena y Hermosilla. Luego Vasco Godines dio de ello aviso a esta Villa, a Egas de Guzmán, para que de ella diese socorro a Juan Ramón, a don García; y vista la carta por Egas, mandó apercebir cincuenta y cinco hombres, para que fuesen en favor de Juan Ramón al PUEBLO NUEVO, que entonces llamaban así a la ciudad de La Paz, y por Capitán Gabriel de Pernia y Alférez Alonso de Arriasa. Salieron de esta Vila, con banderas tendidas, Juan Ramón, que fué elegido caudillo, con don García para ir a

La Paz antes que fuesen a matar al Mariscal Alonso de Alvarado. Trató en Chuquisaca con otros amigos que sería bien negar a don García y a don Sebastián, y pasarse al servicio de su Majestad. Vinieron en ello los amigos, y aunque fué avisado no trató del remedio, y así en el camino desarmó Juan Ramón a don García y a sus soldados, quitándoles caballos y arcabuces. Y arrepentido don García de no haber ganado de mano, le dijo lo admitiesen, que quería servir al Rey, mas no lo permitió Juan Ramón, por no partir con él los méritos de aquel servicio. Don García y los suyos, viéndose cuáles quedaban, acordaron volverse a don Sebastián de Castilla, y desde el camino le avisaron de lo que pasaba, con un soldado llamado Rodrigo de Arévalo, que viéndolo a pie quedaron asombrados y satisfechos, mirándose en la plaza los unos a los otros. Vasco Godines, que fué el más diligente en levantar aquella tiranía y traición, apartó a don Sebastián de los otros y a solas le dijo que, para asegurar su partido, convenía matar 18 o 20 hombres, soldados famosos que están en ese escuadrón de la plaza, que son notorios servidores del Rey. Respondióle que no le habían hecho daño ninguno esos soldados; y como era nobilísimo de condición, añadió diciendo: más quería que matasen a mí que no a soldados tan nobles y valerosos. Apenas lo hubo oído Vasco Godines, cuando trató el ánimo y en aquel punto determinó matar a don Sebastián, pues él no quería matar a los que le daba por enemigos. No hay tirano que no acaben si se juntan unos que aborrecen la que es apacible tiranía, y otros que la aborrecen por la razón. Entonces el aborrecimiento es cabal, cuando se aunan el que aborrece al tirano por no seguir con crueldad su tiranía, y el que aborrece la tiranía. Aquél o aquéllos incitan, y esos otros ordenan; el uno es entendimiento de la inclinación del otro; unos y otros juntos dieron la muerte a don Sebastián, y fueron más eficaces para este hecho. Apartóse, pues, Vasco Godines lleno de ira y por la respuesta de don Sebastián, y fue a los soldados que él había nombrado, y como estaban divididos, fuéles apretando las manos a los que pudo, como dándoles a entender le favoreciesen en lo que intentaba. Hecho esto, volvió a la casa de don Sebastián; y topándose con el Licenciado Gómez Hernández, salió a la plaza, llamó a algunos por sus nombres, y no osaron acudir por temor de malos sucesos. Volvióse adentro Gómez Hernández y se fué con Vasco Godines donde estaba don Sebastián, y ambos se abrazaron con él, y como dice el Palentino, le dieron muchas puñaladas. Baltasar Velázquez, reconociendo que lo mataban, aunque al principio dio

un grito, luego acudió y ayudó a darle de puñaladas. Acudieron todos los soldados coligados, y riñiendo entre ellos se mataron y hirieron los unos a los otros: pensiones muy propias de la traición. Escapóse el desdichado don Sebastián de entre sus fieros enemigos, y entróse mal herido a un aposento, que si saliera a la calle y plaza donde estaba el escuadrón, hubiera más sangre y mortandad. Entraron Baltasar Velázquez y otros cinco al aposento obscuro, y hallándole le dieron otras muchas puñaladas por la cabeza y pescuezo. El pobre caballero pedía a voces confesión, hasta que perdió el habla; y saliendo a buscar quien le ayudase a sacarlo al escuadrón, llamó a Don Diego de Abalos y al Licenciado Hernández, y cuando llegaron donde había dejado a don Sebastián, hallaron que a gatas había salido hasta la puerta del aposento, donde estaba tendido y boqueando; allí le dieron muchas más heridas y vieron que acabó de expirar; y en esto serían las diez de la noche. Luego sacaron a don Sebastián, muerto, al escuadrón, apellidando: viva el Rey que el tirano es muerto. Cosa lastimosa, por cierto, y muy memorable traición, morir a manos de los mismos que le persuadieron y forzaron a que matase al Corregidor; y ahora se hacen jueces de los que mataron al General Hinojosa, para ganar crédito y méritos en el servicio de su Majestad, por haber sido traidores, una, dos y más veces, a su Rey y a sus propios amigos; como lo dirá la sentencia que pocos días después dieron a Vasco Godines, que fué el Caporal de esta gran maldad.

Es de saber que de la muerte del General Pedro de Hinojosa a la de don Sebastián de Castilla, según el Palentino, no pasaron más de cinco días; que la de Hinojosa, dice, fué lunes 6 de marzo; y la de don Sebastián, sábado 11 de dicho mes del año dñ 1553. Vasco Godines despachó aquella misma noche 6 arcabuceros para que atajasen el camino de esta villa, porque no pasase la nueva de lo sucedido a Egas de Guzmán. Sacó de la prisión a Juan Ortiz de Zarate y a Pedro Hernández Paniagua, a Antonio Alvarez y a Martín Monge, vecinos de aquella ciudad de La Plata, y con mucho encarecimiento les dijo el peligro en que se había puesto por matar al tirano; que les pedía en agradecimiento de haber libertádoslos, con toda la ciudad, lo eligiesen por Justicia mayor de aquella ciudad y su término, y le nombrasen por Capitán General para la guerra, pues Egas de Guzman estaba fuerte y poderoso y con mucha gente en Potosí, y de temor lo hubieron de hacer, aunque al principio se excusaban; y le depositaron los Indios del General Hinojosa (digno galardón de dos traiciones tan famosas), y en el Licenciado Gómez Hes-

nández se depositó el gran repartimiento de Puna, cerca de esta Villa. Luego nombraron capitanes, vecinos de la ciudad, para el Ejército, por dar a entender no querían tiranizar los oficios militares, sino partir de ellos con los vecinos. Proveyóse que seis soldados fuesen a prender a don García y a los demás que con él venían de la buena jornada que hicieron para matar al Mariscal Alonso de Alvarado; trajéronlos y matáronlos sin darles lugar a que se confesasen. Baltasar Velázquez, por tomar posesión de su oficio de Maestre de Campo, que ya lo tenía, hizo arrastrar y hacer cuartos a los soldados famosos que fueron de esta villa con avisos de Egas de Guzmán para don Sebastián. ignorando lo que pasaba. Mandó dar garrote a otro soldado llamado Francisco de Villalobos y cortar las manos a otros dos. Todo esto hizo el donoso Maestre de Campo dentro de cuatro horas después de su elección. Volvieron a la ciudad Martín Robles, Pablo Meneses, Diego de Almendras y Diego Velázquez que andaban huídos, y contra su voluntad firmaron las elecciones a instancias y amenazas de Vasco Godines, Riba Martín, que fue por cabo de otros cinco arcabuceros para prender a don Garciatello de Guzmán. Lo prendió cinco leguas de aquella ciudad, y traídolo, no dejándolo Baltasar Velázquez aun acabarse de confesar, le hizo dar garrote, y quebrándose el cordel y poniéndole otro, pareciéndole a Baltasar Velázquez que había mucha dilación, sacó su espada de la cinta y lo hizo degollar. Luego hicieron justicia de otros, sin dejarlos confesar; aplaudiéndolo todo el tirano Gobernador. Todo lo dicho cuenta en su historia Diego Hernández el Palentino.